

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! Señor, ¿no soy yo por ventura para Vos un objeto de admiracion? ¿No debo yo serlo á mí mismo? ¿No lo seré tambien acaso el día de vuestro juicio para el mundo entero? ¿Cómo? ¡Yo, con tantos socorros, con tantas instrucciones, con tantas gracias, con tantos Sacramentos, con tantos medios, estoy aun tan débil, tan imperfecto y tan léjos de la santidad! ¡En mí aun tantos defectos! ¡en mí aun tan pocas virtudes! ¡Ah, bien lo veo, me falta la fe: es mi poca fe la que hace inútiles en mí todos los remedios, é ineficaces todos los medios de la salud! Sanadme, pues, Vos, ó Dios mio, iluminadme, romped mis lazos, llenadme de aquella fe que consigue de Vos las mas milagrosas sanidades; hacedme dócil haciéndome humilde: no permitais que abuse ya mas de vuestros dones, que me servirian para hacerme mas culpable: haced, Señor, que únicamente aplicado á hacer de ellos un santo uso, recoja despues el fruto, que es mi salvacion y vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CXX.

DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA. DE LA IMPUREZA.

(Math. xiv, 4-11; Marc. vi, 14-28; Luc. ix, 7-9).

Consideremos primeramente los primeros efectos de la impureza en Herodes; 2.º despues los últimos excesos á que lo lleva este vicio; 3.º y finalmente la perturbacion y los remordimientos que excita esta pasion.

PUNTO I.

Primeros efectos de la impureza de Herodes.

Lo 1.º *Una incontinencia tan desenfrenada que nada puede detenerla...* «Herodes habia mandado prender á Juan y atado ponerle en la cárcel, á causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano, porque «la habia tomado por mujer...»

Herodes, tetrarca de Galilea, ama la mujer de Felipe su hermano, tetrarca de Iturea, y es de ella correspondido: se abandona á este vergonzoso amor, y luego arrebató la mujer á su propio hermano: públicamente se desposa con ella, y se deja ver todo de un golpe, raptor, adúltero é incestuoso, sin que el pudor, la voz de la sangre, ni el público clamor pueda poner un freno á la pasion de este mónstruo de impureza, cuyo nombre aun al presente sirve de horror y de abominacion. ¡Ah! temamos las primeras y aun las

mas ligeras chispas de un fuego tan pernicioso, cuya violencia sobrepuja todas las cosas y no encuentra obstáculo que sea capaz de contenerlo.

Lo 2.º *Un endurecimiento tan obstinado que nada puede vencerlo...* «Porque decia Juan á Herodes: No es á ti lícito tener la mujer de tu «hermano... Y queriéndolo (*Herodes*) matar, tuvo miedo al pueblo porque lo tenian como profeta...»

Un profeta, un hombre superior á los Profetas, el mas grande y el mas santo de los hombres, Juan Bautista, en una palabra, reprendió á Herodes de su impureza, le hace oír esta decisiva palabra: «Príncipe, no te es lícito tener la mujer de tu hermano...» La reprimension del Profeta no lo mueve, y su valor lo irrita. Herodes forma el designio de hacerlo morir por librarse de su importunidad; pero conoce que un atentado contra la vida de este santo hombre es capaz de excitar una sedicion popular... No hay pasion mas intratable que la de la impureza: se enfurece, persigue, aborrece y sigue hasta la muerte al médico caritativo y celoso que quiere sanarla... Si aun hoy día los pecadores abandonados á esta pasion no fuesen contenidos por el temor, mancharian sus manos con la sangre de aquellos que se oponen á sus desórdenes. Pero ni el odio ni las amenazas de los pecadores deben detener jamás á aquellos que por su oficio ó por su estado están obligados á reprenderlos... El grado, la dignidad, el carácter no pueden dispensarlos: su silencio seria una vileza. Herodes en el hervor de su pasion habria querido verse libre de un incómodo censor; pero advirtiendo su exceso, no podia por menos de estimar á Juan Bautista: respetaba su virtud, admiraba la intrepidez de su ánimo, lo oía con gusto, y en muchas cosas seguía sus advertencias, pero sobre el punto esencial no lo escuchaba: la pasion destruía la estima, y suspendía su accion y su fuerza: la impureza sofocaba la voz de la conciencia, y el Príncipe continuaba los desórdenes, sin los que creía no poder vivir feliz. Tal es el endurecimiento que produce este vergonzoso vicio, y que muy bien experimentan aquellos que tienen la desgracia de abandonarse á él.

Lo 3.º *Una ceguedad tan profunda que nada puede disiparla...* «Y «Herodías le ponía asechanzas, y lo queria hacer morir; pero no podía. Porque Herodes temía á Juan, sabiendo que era varon justo «y santo... y lo guardaba, y por su consejo hacia muchas cosas, y «lo oía con gusto...»

Si eran pasajeros los furores de Herodes contra el Bautista, no lo

eran los de Herodías. Cuanto es mas natural la dulzura en una mujer que ha sabido conservarse en la inocencia, tanto es mas encendido el furor y mas cruel la venganza en aquella que ha pasado una vez los limites de la vergüenza. Los siervos de Dios no tienen enemigo mas peligroso que una mujer lasciva, poderosa y ofendida... No habiendo podido Herodías conseguir del Rey que hiciese morir á Juan Bautista, determinó esta mujer audaz ejecutar, por decirlo así, por sí misma, independientemente de la autoridad real y aun contra su voluntad, el plan de venganza que habia proyectado. Ponia asechanzas al santo Precursor, no lo ignoraba Herodes, y este Príncipe tímido, aunque emprendedor, vicioso, bien que equitativo; este Príncipe afeminado, en vez de echar lejos de sí esta mujer, que por una parte lo cubria de oprobio, y por otra le faltaba al respeto, se contentaba con romper sus medidas, con contener los efectos de su violencia, y con velar sobre la seguridad del Profeta... Pero al fin, ¿en qué vinieron á parar estos vergonzosos respetos? En añadir el sacrilegio á los otros delitos, en atentar contra la libertad del hombre de Dios, en hacerlo arrestar, en cargarlo de cadenas, y encarcelarlo en una estrecha prision. Acaso se gloriaba aun de obrar así á beneficio del prisionero, y para librarlo del furor de Herodías... Mira cómo ciega la pasión: mira cómo sin advertirlo se corre á largos pasos hácia el precipicio, del que cree el deshonesto que se aleja. Preservadme, ó Señor, de una ceguedad tan deplorable y de la infame pasión que la produce.

PUNTO II.

Últimos excesos de la impureza de Herodes.

El último exceso á que llegó Herodes fue la muerte de Juan Bautista, acompañada de circunstancias que no pueden llamarse á la memoria sin horror.

Lo 1.º *¿Cuál fue la ocasion?...* « Mas habiendo llegado un dia favorable (*para los designios de Herodías*), Herodes hizo una cena el dia de su nacimiento á los grandes de la corte, y á los tribunales, y á los principales de Galilea; y habiendo entrado la hija de Herodías, y bailado, y dado gusto á Herodes y á los convidados, dijo el Rey á la muchacha: pídemelo que quieras, y te lo daré; y le juró: cualquiera cosa que pidas te daré, aunque sea la mitad de mi reino...»

¿Quién hubiera pensado jamás que este dia de fiesta pudiese ser

una ocasion favorable al furor y á la venganza? ¿Una ocasion que arrastraria á Herodes al mayor de los delitos, y lo empeñaria á derramar la sangre inocente que hasta entonces habia respetado? Pero ¿quién podrá comprometerse de sí mismo? ¿Y de qué no se hace uno reo cuando á la vana alegría de una fiesta mundana, á la abundancia de los manjares, á la magnificencia del espectáculo se unen las asechanzas de un sexo sin vergüenza, que sabe hacer resaltar su belleza y su gentileza con mudanzas tan inmodestas como brillantes, y aun servirse tambien para engañar de cuanto tiene de encanto una sinfonía, y de deleitoso una danza?... La hija de Herodías entró en la sala del convite, y allí bailó con tanta gracia, que recibió los aplausos de todos los convidados. Sobre todos quedó encantado Herodes: á su juicio el mérito de tal danza es superior á todas las cosas, y piensa no poder corresponder suficientemente á la que bailó. En el primer momento de una loca alegría deja á la eleccion de la misma que ha de ser premiada su recompensa, y le promete con juramento que obtendrá cuanto pida, aunque sea la mitad de su reino... ¡Herodes! ¿dónde está la razon? ¿Piensas tú en la figura que haces y á lo que te empeñas?... Pero en la embriaguez del placer y de la pasión en nada se piensa, y no se oye ni se siente la razon... Madres cristianas ¡ah! temed aquellas juntas profanas, donde las promesas y los juramentos han sido muchas veces la ruina de la inocencia, el origen de amargas lágrimas y el oprobio de toda una familia.

Lo 2.º *¿Cuál fue la proposicion?...* Observemos primero cómo fue sugerida la petición por la madre, y propuesta por la hija... «Y ella «luego que salió dijo á su madre: ¿qué pediré? Y ella le dijo: la «cabeza de Juan Bautista; y volviendo al punto con prisa al Rey, «pidió diciendo: quiero que tú me des luego al punto en un plato «la cabeza de Juan Bautista...»

La hija de Herodías, asegurada por el juramento del Rey de que obtendria cuanto pidiese, toma solo algunos momentos para deliberar lo que habia de elegir, y de la sala del baile pasa á la de su madre para consultarle, y saber de ella lo que debia pedir: esta responde en dos palabras: *la cabeza de Juan Bautista...* ¡Herodías!... ¿Te atreves á hacer á tu hija semejante proposicion? ¿Tendrá tu hija atrevimiento para repetirla? ¿Podrá esta ejecutarse en un dia destinado á públicas alegrías? ¿Qué? ¿Tú prefieres la muerte de un hombre justo á la mitad de un reino? ¿Este es el cuidado que te tomas por los intereses de tu hija? ¿Qué tienes tú que temer de este

hombre?... Él está entre cadenas; pero el Rey lo respeta... ¿Y no debes tú por lo mismo temer desagradar á este Príncipe?... ¡Ah! mientras Herodes quiere colmarte de sus beneficios, ¿tú te sirves de sus promesas contra él mismo para afligirlo? ¿No temes su indignacion? ¿no temes que el amor que te tiene se convierta en odio, y su complacencia en furor?... Y tú, hija de la mas cruel entre las madres, ¿no tiembas á una tan bárbara demanda? ¿Te atreverás por ventura á hacer al Rey proposicion tan cruel? ¿No temes deshonrarte á los ojos de una corte tan numerosa? ¿Dejarás pasar una ocasion tan bella de ensalzarte y de enriquecerte? ¿Y qué bien te vendrá de la muerte injusta de un inocente oprimido? ¿Y á lo menos no pondrás á tu madre alguna dificultad, algun reparo? No: la hija, ya muy semejante á la madre, abandonada á los mismos excesos, agitada del mismo furor, vuelve luego á la sala, se presenta con descaro á la asamblea, y dice al Rey con audacia: *quiero que tú me des al punto en un plato la cabeza de Juan Bautista...* ¡Qué expresiones! ¡qué horror! ¡qué familia! ¡qué mónstruos!

Pero sigamos esta série de iniquidad, y observemos cómo recibe Herodes esta proposicion... «Se entristeció el Rey; pero por el juramento y por los convidados... no quiso disgustarla...» Deberia haber bramado Herodes de cólera y de indignacion, y se entristeció solamente. ¿Era acaso este el sentimiento que debia excitar en su corazon una peticion tan bárbara, tan injusta, tan indecente y tan poco conveniente á las circunstancias del dia y del lugar?... Habria él querido por razones de política y por una aparente equidad salvar á Juan Bautista; pero la pasion le quitó la fuerza para contristar á la madre y á la hija: por otra parte, la vergüenza de desdecirse despues de un juramento público, y el temor de que el negarla se atribuyese á timidez, se unieron con su complacencia para triunfar de su debilidad... ¿Qué idea se formaba Herodes de la religion para creer que un juramento pudiese obligarlo á un delito? ¡Qué escrúpulo temer el quebrantar un juramento indiscreto é injusto, y no temer hacer morir un inocente tan santo! Temia los discursos de los presentes... Pero los cortesanos, que todo lo aprueban en los príncipes, y aun hasta los desórdenes, ¿no se hubieran hecho un deber de alabar su sabiduría y su equidad si lo hubieran visto firme en negarla? ¿No le hubieran dicho que un juramento no puede obligar á lo que es injusto en sí mismo, y á lo que está prohibido por la razon, por la naturaleza y por la ley? ¿que su promesa era en general, y que sólomente habia jurado lo que podia segun

la ley de la política y de la conciencia? Pero no: la razon decisiva y la verdadera causa de la vana supersticion de Herodes, de su ridiculo temor, de tanta franqueza y de tanta vileza es el amor impuro que reina en su corazon... Transportado de la pasion teme disgustar á aquella que es el objeto, y en tal manera este vergonzoso vicio, que degrada todo corazon que á él se abandona, hace á este Príncipe imprudente, ciego, vil, despreciable, injusto, tímido, inhumano y bárbaro, y de este modo lo conduce á excesos de que se creia incapaz, y que acaso poco antes le hubieran causado horror á sí mismo.

Lo 3.º *¿Cuál fue la ejecucion?...* «Y enviando un soldado de la «guardia, le mandó traer la cabeza de Juan en un plato... Y lo degolló en la cárcel, y trajo en un plato su cabeza, y la dió á la muchacha, y la muchacha la dió á su madre...»

Hé aquí, pues, triunfante la impudicia en la persona de Herodías, si se puede llamar triunfo de la impudicia lo que antes es propio para causar el mayor horror, y lo causara al mismo Herodes. Están puntualmente ejecutados todos los deseos de esta mujer impúdica. La cabeza ensangrentada del Profeta está puesta en un plato: en ella se ve de un golpe la crueldad de Herodes, la rabia de Herodías, y la insolencia de la hija. Herodes y sus cortesanos no pueden tolerar el espectáculo. La cabeza de Juan fue llevada inmediatamente á las manos de la hija, que lleva este don bárbaro á su madre, y esta apacienta en ella sus ojos con intrepidez y contento. ¡Qué objeto de complacencia para una mujer! ¡Cuántos horrores en pocos instantes!... Así muere el Profeta, así muere el Precursor del Mesías, víctima de la impureza: así muere el hombre de Dios, el enviado del cielo para preparar los caminos del Señor, y restablecer la piedad y la religion de Israel. ¡Oh profundidad! ¡oh abismo! ¡oh conducta impenetrable de la Providencia! Calle nuestra boca, sométase nuestra razon, adore nuestro corazon. En esta muerte se han violado todas las leyes. El predicador de la penitencia es sacrificado á la impureza. Un Príncipe, ebrio de los placeres y abandonado á la pasion mas vergonzosa, hace perecer en una manera la mas indigna al enemigo declarado de los placeres y del vicio. Lo hace morir en una prision, cosa contraria á la ley de Moisés, que ordenaba que los culpados fuesen ajusticiados en presencia del pueblo: lo hace morir sin haberle hecho proceso, sin haberlo juzgado. En esta orden del Príncipe todo es bárbaro; todo es bárbaro lo que hace la pasion. En el mismo dia en que Herodes ha recibido la vida, la quita á Juan Bautista: celebra el aniversario de su naci-

miento con la muerte del mas inocente entre los hombres... Dia para siempre memorable que celebrará el universo hasta la fin de los siglos en execracion del cruel Herodes y de sus cómplices, y en honor del glorioso y santo Precursor.

PUNTO III.

Perturbacion y remordimientos de la impureza de Herodes.

Lo 1.º *Su temor que Juan haya resucitado...* «Y llegó á noticia «del rey Herodes, porque se habia hecho notorio su nombre, y decía: Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos, y por eso «obra estos milagros. Otros decian: Elías es. Y otros decian: Profeta es, como uno de los Profetas. Y habiéndolo oido Herodes, dijo: Este es aquel Juan que yo degollé, que ha resucitado de entre «los muertos...»

Herodes quiere sofocar una voz que le reprende su incesto, y ahora se levantan en el fondo de su corazon mil voces, y le dan en rostro con su parricidio... San Juan está dia y noche presente á sus ojos, y cree verlo en todos los lugares. Habiendo llegado á su noticia el estrépito de los milagros que obraba Jesucristo, grita sobrecogido de espanto: *Este es aquel Juan que yo degollé...* es el mismo, dice á sus cortesanos, que ha resucitado de la muerte, y por eso obra todos éstos milagros. Esa es una segunda vida que Dios le ha dado, con una potestad que no habia tenido en la primera... Mira como los Santos, aun despues de su muerte, hacen temblar á los malos... Dios venga la inocencia de sus siervos injustamente oprimidos... Si Dios recompensa de éste modo la virtud de Juan Bautista, repelia Herodes, ¿qué castigo reservará á mis delitos? Y sus cortesanos buscaban la manera de consolarlo y animarlo... Los unos le decian que era Elías, que era un profeta que obraba maravillas, como las habian obrado algunos de los antiguos, y que en esto nada lo debia sorprender ni asustar... Pero nada calma los temores de Herodes. No, dice él: «Este es aquel Juan que yo degollé: él «ha resucitado de la muerte...» Un corazon culpado no puede estar tranquilo y sin remordimientos: siempre toma contra sí el partido de la justicia divina... Puede engañarse en el objeto de sus temores; pero no puede calmarse ni sosegarse... En vano el deshonesto se arma de la impiedad; en vano el impío desaprueba su impudicia: los milagros de Jesucristo serán siempre el tormento de su corazon... No solamente la reputacion de Jesucristo, sino tambien su religion, su

culto, su divinidad reconocida en todo el mundo, lo oprime con su peso, y turba la tranquilidad que afecta... En la corte de Herodes ninguno piensa en el Mesías: la idea hubiera sido aun mas espantosa que la de Juan resucitado... ¡Ah! no imitemos á estos ciegos endurecidos: reconozcamos á nuestro Salvador por las obras de su potencia: si acaso estamos en el pecado, cedamos á nuestros remordimientos, recurramos á su misericordia: si su gracia nos ha preservado ó librado, démosle infinitas gracias, y supliquémosle que continúe en sostenernos en los caminos de la inocencia ó de la penitencia.

Lo 2.º *Su embarazo en saber quién es Jesús...* San Lucas refiere el paso precedente de un modo diferente. Nos dice, que solo dudando Herodes tetrarca, dijo á sus cortesanos que Juan Bautista habia resucitado... Pero esta version de san Lucas no es menos instructiva para nosotros... «Y llegó á noticia de Herodes tetrarca (*dícele este Evangelista*) todo aquello que Jesús hacia; y él estaba con «el ánimo suspenso, porque decian que Juan habia resucitado de «los muertos: y otros que habia aparecido Elías: y otros que uno «de los antiguos Profetas habia resucitado: y Herodes decía: yo degollé á Juan; pero ¿quién es este de quien oigo decir tales cosas?...»

Herodes era alternativamente el juego de sus mismos pensamientos y de las diferentes opiniones de sus cortesanos. Algunos pensaban como él que habia resucitado Juan Bautista: otros decian que se esperaba á Elías, y que al parecer empezaba á dejarse ver: otros finalmente pensaban que en general podia ser alguno de los antiguos Profetas. Herodes, venciendo algunas veces el temor que tenia de Juan Bautista, recurria al sistema impío de los saduceos, de que los muertos no pueden resucitar, que el alma es material, y que todo muere con el cuerpo... He hecho yo cortar la cabeza á Juan Bautista, iba diciendo entre sí mismo: yo he visto su cabeza separada de su cuerpo: él ha muerto: no puede, pues, ser él... Pero despues de haberse asegurado de este modo contra la resurreccion de Juan y de los otros Profetas, muertos ya de mucho tiempo, no estaba mas tranquilo. Los milagros se obraban, subsistian, se publicaban... ¿Quién, pues, es este, añadia este Príncipe, de quien oigo decir cosas tan estupendas, tan maravillosas? Esto es lo que deseaba saber, esto es lo que lo tenia embarazado, y esto es lo que servirá de embarazo á todos los impíos hasta la fin de los siglos, y los atormentará hasta la muerte... Sí, impíos, negad todo lo que

queráis, sofocad los sentimientos internos de vuestra conciencia, renunciad á las luces mas puras de vuestra razon, siempre quedará que saber quién es aquel de quien se cuentan tantas maravillas, quién es aquel que ha fundado la religion cristiana, que ha destruido la idolatría de la tierra, que ha hecho gustar á los hombres una moral tan pura, y les ha persuadido verdades tan sublimes... ¡Ah! Señor, ¿quién sois Vos?... Vos sois mi Dios y mi Salvador, en quien solo se halla la santidad y la paz, la verdad y la vida; fuera de Vos todo es pecado, corrupcion, agitacion y desesperacion.

Lo 4.º *Su deseo de ver á Jesucristo...* «Y buscaba ocasion de ver...» ¿Qué cosa era este deseo en Herodes? Este no era un deseo de conocer la verdad, de instruirse de sus obligaciones, de corregirse de sus excesos; sino de satisfacer á su curiosidad, de calmar las agitaciones de su conciencia, y de consolidarse mas en sus desórdenes... Vino el tiempo en que vió á Jesús, no como él lo deseaba, sorprendiendo los hombres con prodigios de su potencia; sino como él lo merecía, cegando á los judíos orgullosos con el misterio escondido de sus humillaciones. Lo vió, y por un juicio digno de él, y por un castigo digno de Dios, no conoció otra cosa que locura en la Sabiduría encarnada... ¡Ah! ¿qué cosa es aun ahora este deseo en los impíos? Nos dicen estos que querrian ver á Jesús y sus milagros: ¡deseo hipócrita y lleno de impiedad! Si quisieran lo verian con nosotros en su Evangelio, en su moral, en sus promesas, en sus amenazas, en su religion, en su Iglesia, en el Sacramento de su cuerpo, en la fe, en la oracion, en el recogimiento y en la pureza del corazon... Aquí el hombre fiel, el alma pura busca ver á Jesús, y lo ve en efecto cual Jesús quiere que lo veamos. Aquí nosotros lo vemos con una vista proporcionada á nuestro estado; pero llena de luz, de paz y de consolacion. Nosotros lo vemos de una manera que lo honra, que atrae sus gracias, y merece sus recompensas. Vendrá un dia en que todos lo veremos, no ya haciendo milagros para probar su Evangelio, sino ejercitando su justicia para recompensar á aquellos que le habrán sido fieles, y castigar á aquellos que no habrán creído en él.

Peticion y coloquio.

No os vengueis de tal modo, ó Señor, de mis resistencias y de mi poca fe; antes bien triunfad con vuestra gracia: hacedme gustar las verdades santas que no puede gustar el hombre carnal, para que no

me escandalice jamás del sufrimiento de vuestros siervos, ni me atemorice si aun me debo exponer á sufrir por vuestro nombre.

Y vos, ó Juan Bautista, el mas grande y el mas santo entre los hombres, el amigo del Esposo, el mártir de la pureza, sed mi protector contra las pasiones que os han ocasionado la muerte: alcanzadme la gracia de acordarme en el tiempo de mis tentaciones de aquella palabra saludable que tantas veces y tan inútilmente salió de vuestra boca, repitiendo á Herodes: *No te es licito á ti: no te es licito á ti...* para que representándome á mí mismo mis obligaciones, pueda triunfar del enemigo de mi salud, y participar de la gloria que os corona en el cielo. Amen.

MEDITACION CXXI.

PRIMERA MULTIPLICACION DE LOS PANES.

(Math. xiv, 12-21; Marc. vi, 29-44; Luc. ix, 10-17; Joan. vi, 4-13).

Esta multiplicacion de los panes se puede mirar como una figura de la comunión pascual, considerando en ella: 1.º el fervor con que es necesario prepararse; 2.º la fe con que es necesario recibirla; 3.º los frutos que se deben sacar de ella.

PUNTO I.

Del fervor con que es necesario prepararse para la Comunión.

Los discípulos de san Juan, despues de haber dado sepultura á su maestro, fueron á encontrar á Jesucristo á Cafarnaum, donde habia vuelto, y le contaron lo que ya por sí mismo sabia... «Y viniendo «sus discípulos (*de Juan*), cogieron su cuerpo y lo sepultaron, y fueron á dar la nueva á Jesús...» Oyó este divino Salvador con bondad y ternura las circunstancias trágicas de la muerte de su Precursor, y consoló á sus afligidos discípulos... Los Apóstoles, de su parte, tambien fueron á dar cuenta á Jesucristo de los trabajos y del éxito de una mision que habian hecho. Él los instruyó y los animó... Quiso procurarles algunos momentos de descanso; pero este breve intervalo fue para él una continuacion de trabajo. Cafarnaum no era un lugar propio para el reposo. La casa donde habitaba Jesucristo estaba siempre llena de gente, y ni él ni sus discípulos tenian el tiempo preciso para tomar un poco de alimento... «Y les dijo: venid aparte «á un lugar solitario, y reposad un poco...» Subieron, pues, en una barca, y el desierto escogido por Jesucristo fue el de Betsaida, á la

otra parte del mar de Galilea ó de Tiberíades, llamado tambien el lago de Genesaret. Betsaida estaba situada al Oriente del lago, continuando hácia el Septentrion, y el desierto estaba á alguna distancia de la ciudad hácia el Mediodía... Jesús tenia en este viaje otro designio mas profundo que no les descubrió á los Apóstoles... «Estaba «próxima la Pascua...» y es verisímil que quisiese en esta ocasion darles una imágen de la Pascua cristiana, en que bajo la figura del pan se habia de comer el cordero de Dios sacrificado... Aprovechémonos de cuanto sucede en estas circunstancias para nuestra instruccion, y observemos primeramente el fervor del pueblo.

Lo 1.º *Este fervor consiste en el desear y buscar á Jesús...* Advirtió el pueblo que Jesucristo se habia embarcado, y vió la direccion y el camino que llevaba: se esparció la voz en las ciudades vecinas, y luego una multitud inmensa de pueblo, hombres, mujeres y niños, y enfermos de toda suerte de males, todos resolvieron seguirlo y alcanzarlo á la otra parte del lago, pasando para ello el Jordan. Algunos usaron tanta diligencia, que lo previnieron: vió Jesús con placer esta multitud que lo habia prevenido: salió de la barca, y mientras esperaba que se juntase todo el pueblo... «Subió sobre un monte, «y allí se sentó con sus discípulos...» y este fue todo el reposo que tuvieron. No tardó Jesús en bajar de nuevo á la llanura, donde lo esperaba aquella innumerable multitud con una especie de impaciencia... ¿Tenemos nosotros el mismo fervor que este pueblo en buscar á Jesús y en disponernos á recibirlo para nuestro alimento? ¡Ay de mí! ¡qué negligencia! ¡qué desgana! ¿Cuántos lo reciben sin gusto, sin deseo, sin preparacion? ¿cuántos por un mínimo pretexto se dispensan de recibirlo? ¡Ah! el fervor vence todos los obstáculos: nada encuentra penoso ni imposible.

Lo 2.º *Este fervor consiste en tener una entera confianza en Jesucristo...* «Habiéndose juntado este pueblo en la llanura del desierto, «se halló un número de cinco mil hombres, sin las mujeres y niños...» Lo que los habia traído era la confianza que tenían en la potencia y en la bondad de Jesucristo, que hacia tantos milagros para el alivio de los miserables y enfermos... ¿Y en quién otro mejor podian ellos ponerla? La confianza en este divino Salvador es un medio seguro para obtener las gracias: «habiendo, pues, Jesús alzado los ojos y «visto como una grande turba venia á él... tuvo de ella compasion... «porque estaban como ovejas que no tienen pastor...» Ello es cierto que estos pueblos no tenían la idea que debieran haber tenido de Jesucristo, y que el motivo que los trajo no fue tan perfecto como de-

biera haber sido... Pero ¡oh cuántas cosas sabe perdonar Jesucristo en aquellos que lo buscan con deseo y confianza!

Lo 3.º *Este fervor consiste en oír las instrucciones de Jesucristo...* Habiendo bajado este tierno pastor hácia el pueblo, «empezó á enseñarles muchas cosas...» Habló despues á las diferentes tropas que lo rodeaban; á las unas despues de las otras, para que todas participasen de sus instrucciones. La instruccion fue larga, y en ella se trataron muchas materias que pertenecian *al reino de Dios*; esto es, la penitencia, la fe en el Mesías, y el establecimiento de la Iglesia... ¡Oh con qué atencion, con qué ansia escuchaban á Jesucristo!... En el santo tiempo que precede á la Pascua cristiana la Iglesia multiplica sus instrucciones; pero ¿cómo nos aprovechamos nosotros de ellas? Debemos atender con mas frecuencia á la leccion espiritual, á la meditacion, á la oracion en todo este tiempo santo, y todas las veces que nos disponemos á recibir la santa Comunión; pero ¿cómo lo practicamos?

Lo 4.º *Este fervor consiste en pedir y recibir la sanidad de Jesucristo...* Despues de la instruccion, segun la costumbre... «sanó los «enfermos...» Tal debe ser el fruto de la instruccion... Antes de comer el Pan celestial, debe cada uno probarse á sí mismo, examinar el estado de su alma, presentarse á Jesús en la persona de sus ministros, y exponerles su enfermedad para obtener la salud.

PUNTO II.

De la fe con que es necesario recibir la Comunión.

Lo 1.º *Sus dificultades...* Si no hay misterio que requiera mas fe que el de la divina Eucaristía, tampoco Jesucristo puso jamás á mayores pruebas la fe de sus Apóstoles, que cuando les quiso dar una imágen sensible de este adorable Sacramento. Desde la mañana, cuando llegó al desierto, habia estado ocupado en instruir al pueblo y en sanar enfermos. Estos ejercicios de caridad y de celo lo entretuvieron hasta casi la noche: el sol declinaba ya mucho, sin que el Salvador hablase de hacer que se retirase todo este mundo de gente, y sin que este pueblo encantado de oírlo y de verlo diese muestras de pensar en ello. No solamente estaba en ayunas, sí tambien muy distante de todo lugar donde pudiese encontrar cosa alguna de comer... «Se «acercaron sus discípulos, y le dijeron: despide á las turbas, para «que vayan á las aldeas y granjas de la comarca, y hallen que co- «mer...» Cuanto mas justas y racionales les parecian á los Apósto-

les sus representaciones, tanto mas debió sorprenderlos la respuesta de Jesucristo... «Pero Jesús les dijo: no tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer...» Jamás habían oído los Apóstoles de la boca de su Maestro cosa alguna que mas directamente que esta combatiese las luces de la razón... «Y ellos dijeron: irémos á comprar doscientos denarios ¹ de pan, y les daremos de comer...» Veía Jesús su embarazo, y la dificultad en que se hallaban; y no quería sacarlos aun de ella: para tenerlos, pues, suspensos, «habiendo Jesús levantado los ojos y visto como una gran turba venía á él, dijo á Felipe...» que era de Betsaida, como Pedro y Andrés... «¿dónde comprarémos pan para dar de comer á esta gente? Lo que decia, para probarlo, porque sabia lo que estaba para hacer; respondióle Felipe: doscientos denarios de pan no bastan para estos, dándoles á cada uno un pedazo pequeño...» De este embarazo los pasó Jesucristo á otro aun mayor; pero que empezaba ya á iluminarlos sobre lo que pensaba hacer. Dejando el proyecto de comprar que comer que habían propuesto los Apóstoles, como único medio de proveer á la subsistencia del pueblo... «les respondió: Id, y ved cuántos panes teneis...» Estas palabras debieron parecerles incomprensibles como las primeras: obedecieron sin réplica; y si la diligencia que hicieron no los sacó del embarazo, sirvió para advertir al pueblo del designio que tenia Jesús de alimentarlo, y prepararlo á reconocer la grandeza del milagro que debia hacer bien presto... Volvieron los Apóstoles á Jesús, y le dijeron... «No tenemos sino cinco panes y dos peces...» díjole uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simon Pedro... (*explicándole en qué manera los había encontrado*)... Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada «y dos peces...» Pero añadió luego á Jesús: ¿qué uso puedes hacer de esto? ¿qué medio puede haber para distribuir tan poca cosa en tanto mundo de gente?... Pero ¿qué es esto para tanta gente?... Cuanto ellos mas pensaban en esto, tantas y mayores dificultades encontraban; y les parecia la cosa mas imposible... Así nosotros no debemos pensar mucho sobre el gran misterio de nuestros altares; sino creer y reflexionar solo sobre la potencia de Jesucristo, á quien nada es imposible, y no sobre los medios humanos ó sobre la manera de obrar que podemos nosotros concebir.

Lo 2.º *Los consuelos de la fe*... «Jesús les dijo: Traédmelos aquí...» y les mandó que les hiciesen sentar á todos por ranchos, sobre la yerba verde; y se sentaron divididos de á ciento y de á cincuenta...»

¹ Como doscientos y cuarenta reales de vellón.

Ejecutada esta orden, alzó Jesús los ojos al cielo, hizo su oración, dió gracias á Dios su Padre por el poder que le habia concedido, bendijo los panes y los peces, y despues los hizo pedazos, y los dió á sus Apóstoles para que los distribuyeran... De esta manera Jesucristo consolidaba la fe de sus discípulos y de su Iglesia; les daba la idea de su omnipotencia, y con la semejanza de las ceremonias los preparaba al grande misterio que debia instituir para ser el alimento del pueblo cristiano... Nosotros, que vemos ahora la Iglesia esparcida en el universo, y dividida en grandes tropas, cada una bajo sus pastores particulares, de quienes recibe el pan celestial, ¿podemos dejar de conocer aquí con admiración la imágen y la profecía de este grande acaecimiento, y no sentir dentro de nosotros mismos una dulce consolación que nos haga amar y estimar nuestra santa Religión?

Lo 3.º *Certidumbres de la fe*... Los Apóstoles distribuyeron los dones de Dios, y entre sus manos, sin que ellos supiesen cómo aquello se obraba, se multiplicó este milagroso alimento por la bendición del Señor, de manera que tuvieron para dar á cinco mil hombres, sin contar las mujeres ni los niños, del pan y de los peces, tanto cuanto cada uno quiso: hallándose aun al fin de que llenar doce espuelas... de las sobras que se recogieron... Si esta imágen de la Eucaristía fue un milagro tan estrepitoso, ¿podrémos acaso pensar que no lo contenga la misma Eucaristía? y cuando Jesucristo nos dice que aquello que nos da es su cuerpo y su sangre, ¿querrémos por falta de fe, y por satisfacer á nuestra imaginación con menoscabo de nuestra fe, eludir el sentido de sus palabras, y creer que él nos dé solamente la figura de su cuerpo y de su sangre? No, Señor: instruido en vuestra escuela, en la de vuestros Apóstoles, y en la de vuestra Iglesia, mi fe es mas fuerte: ella es superior á mis sentidos y á mi razón, y les impone silencio. Creo las cosas, tales cuales las habeis Vos dicho, y como me las enseña vuestra Iglesia, aunque me parezcan al sumo incomprensibles; y estoy dispuesto á firmar estas preciosas verdades con mi sangre.

PUNTO III.

Del alimento espiritual, y del fruto que se debe sacar de la Comunión.

1. «*Todos comieron*...» porque todos sentían en sí necesidad, y conocían la excelencia del pan que se les presentaba... Puestos en el desierto de esta vida, ¿qué suerte de necesidades ¡ay de mí! no experimentamos nosotros? Ausencia de Dios, sequedad en la devoción,

debilidad en la práctica del bien, caídas frecuentes á cada ocasion, por mínima que sea. El pan que se nos presenta es infinitamente superior al que comió aquel pueblo. Y ¡oh de cuántas maravillas es la union! ¡de cuántos misterios el compendio! ¡y de cuántas gracias el manantial! ¿Con qué ardor, pues, debemos desearlo, con qué instancias pedirlo, y con qué gana recibirlo? ¿Tendrémos corazon para verlo comer á los otros, sin participar de él ni desearlo?

2. ¿Con qué sentimientos comieron?... Si reinó en un convite una alegría pura y modesta, si alguna vez hubo convidados movidos del reconocimiento y del amor por un huésped tan liberal y benéfico, ésta fue sin duda la ocasion en que se manifestaron todos estos sentimientos; pero ¿cuánto mas se deben manifestar los nuestros en el banquete eucarístico? ¡Qué amable sorpresa! ¡qué motivo de asombro y de alegría poseer nosotros sobre la tierra á nuestro Dios que está en los cielos! ¡Nosotros, en medio de este desierto, recibir á nuestro Salvador que está sentado á la diestra de Dios su Padre! ¡Su carne y su sangre hacerse nuestro sustento! ¡Nuestra alma llegar á ser el asiento y el trono de su divinidad! ¡Ah! ¿quién soy yo, ó Dios mio, para merecer que Vos querais obrar por mí tantas maravillas? Vos empleais toda vuestra omnipotencia; Vos acumulais milagros sobre milagros; Vos destruís todas las leyes de la naturaleza para traspasar el inmenso espacio que habia entre Vos y mí, para venir á mí, y daros á mí todo enteramente. ¿Qué reconocimiento puede igualar vuestros beneficios, y con qué amor puedo corresponder á tanto amor?

3. «*Y todos se saciaron...*» Salieron todos de este convite hartos y satisfechos, contentos y fortificados... Si estos fueron los efectos de aquel pan milagroso, ¿cuánta mayor virtud no tiene el Pan eucarístico? Pero ¡ay de mí! muchos comen la divina Eucaristía, pero sin quedar hartos, sin quedar satisfechos, sin quedar alimentados, porque la comen con disgusto, por fuerza y por violencia... Muchos la comen, sí; pero sin adquirir fuerzas para obrar bien, y evitar el mal: muchos la comen, pero se quedan siempre en la misma debilidad, en las mismas imperfecciones, en los mismos hábitos: la comen, y no se sustentan, porque suspiran siempre por las comidas envenenadas que ofrece el mundo, el demonio y el pecado: la comen, pero sin concebir un deseo ardiente de comerla con frecuencia, para participar de nuevo de un tan gran beneficio, para mantener las propias fuerzas, y para aumentar los propios méritos. En la vida del alma, como en la del cuerpo, no hay estado mas miserable

ni mas peligroso que el de una persona que no come, ó come solo con náusea, á quien repugna el alimento y no puede aprovechar.

Peticion y coloquio.

Dios mio, ¿no me hallo yo, por ventura, tambien en este estado funesto, y acaso ¡ay de mí! en un estado aun mucho mas terrible, cual es el de hallarme en él sin advertirlo ni conocerlo, sin pensar en él, y sin que me dé cuidado alguno? ¡Ah! Señor, dignaos primero de instruirme, de iluminarme, despues sanadme; y finalmente nutridme y hartadme de tal suerte de Vos, que me disguste de cuanto hay en este mundo... Amen.

MEDITACION CXXII.

HUYE JESÚS PORQUE NO LO HAGAN REY.

(Math. xiv, 22, 23; Marc. vi, 45, 46; Joan. vi, 14-15).

Consideremos: 1.º el engaño del pueblo sobre el reino de Jesucristo; 2.º el peligro que corrieron los Apóstoles, y á que aun estamos expuestos nosotros de caer en el engaño del pueblo; 3.º el medio de librarnos de este peligro.

PUNTO I.

Engaño del pueblo sobre el reino de Jesucristo.

«Habiendo aquellos hombres visto el milagro hecho por Jesús, dijeron: Este es verdaderamente aquel profeta que debia venir al mundo; pero Jesús, conociendo que habian de venir á cogerlo para hacerlo rey, se huyó de nuevo al monte él solo...»

Aquellos hombres, alimentados en el desierto de una manera tan prodigiosa, y viendo los milagros que Jesucristo hacia, dijeron entre sí: *este es verdaderamente el profeta que debia venir; el Cristo, el Mesías esperado.* Hasta aqui el razonamiento era justo; mas *el Mesías debe ser el Rey de Israel*, y sobre este punto se engañaron. Creian que conviniese al Mesías un reino temporal, un reino terreno. Llenos de esta idea determinaron ensalzar á Jesús sobre el trono y proclamarlo rey; y lo hubieran hecho inmediatamente, si Jesús no hubiera sabido desconcertar á tiempo sus medidas... ¡Ah, y cuán débiles y cuán limitadas son las ideas de los hombres! No ven otra cosa que la tierra, y jamás levantan hácia arriba el pensamiento. Los judíos ciegos se prometian tambien un rey terreno, y lo esperaban. Seria aun hoy, segun el gusto del mundo, un semejante rey, y todos estarian bien solícitos para reconocerlo y seguirlo; pero vuestro